



BIBLIOTECAFILMS

La Princesa que a naba al amor



Núm. 10

Italia Almirante Manzini

50 cénts.



# FILMS DE AMOR

DE

## BIBLIOTECA FILMS

Redacción y Administración:

CALABRIA 96

Teléfono 173 H

Imprenta: Villarroel, 12 y 14

Año 11

BARCELONA

Núm. 10

50 céntimos

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

## La Princesa que amaba al amor

Poema fantástico-burlesco de

**SEM BENELLI**

Los versos que aparecen en esta novela están tomados, en parte, de la adaptación literaria de la película, escrita toda en preciosas estrofas castellanas por el eximio poeta:

**Antonio Graciani**

Exclusiva: **Repertorio M. de Miguel**

«La Aristocracia del Film»

Consejo de Ciento, 292 - Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



## La Princesa que amaba al amor

### PERSONAJES

### INTÉRPRETES

La Princesa Violante . . . . .	Italla Almirante Manzini
El Conde Giano . . . . .	Alberto Gollo
El Bufón. . . . .	Anibal Bertrone
Floridor . . . . .	Oreste Bilencia

*Es un cuento romántico, abrileno,  
—de esos para escuchados en el hogar risueño,  
de labios de la abuela al amor de la lumbre —  
que nos deja la vaga incertidumbre,  
la imprecisión de un sueño...*

ANTONIO GRACIANI

### I

Erase en la Edad Media y en un castillo feudal.

Poco importa el país; siendo historia de amor puede servir de escenario cualquier lugar.

Vivía en el castillo una esbelta princesa por nombre Violante, tan bella y tan graciosa, que era la admiración de todos los donceles y caballeros de muchas leguas a la redonda y la envidia de todas las mujeres. La fama de su belleza había traspasado las fronteras del feudo, y gran número de caballeros principales pretendían su mano.

Un arrogante señor de horca y cuchillo, el conde Giano, tan valeroso como noble, según

rezaban los cuarteles de su escudo, asediaba a la altiva y esquivia princesa, requiriéndola de amores.

No hubo día que el apuesto conde no fuese al castillo do moraba su dulce tormento, la mujer de sus pensamientos y anhelos; pero de nada servían su valor ni sus blasones: la princesa Violante sólo amaba al amor.

Mujer ideal y romántica, no hacía caso del hombre, ni de la forma externa; su idealidad, volando con las alas de su fantasía, le hacían concebir el amor como el *summum* de la verdad, de la belleza y de la bondad: amaba al amor por el amor.

Así se comprende que las constantes insinuaciones del conde Giano resbalaran sobre su alma como el agua sobre la peña berroqueña.

La princesa Violante se halla en el frondoso jardín, del castillo, gozando de la fragancia de las flores y de los variantes de sus colores.

El conde Giano se avanza hasta ella y reverente la saluda; ella corresponde al saludo con una sonrisa.

—Esa sonrisa, princesa, es alegre como un rayo de sol, más que aura de primavera, más que el cambiante de las flores. Esa sonrisa lleva a mi alma la esperanza de un amor anhelado. Y así como los primeros rayos de un sol de mayo abre la corola de las flores y fecunda la naturaleza, así esa sonrisa vuestra abre mi alma a la esperanza y fecunda mi espíritu en santa alegría: la alegría de un amor deseado.

—Bien habláis, conde Giano; pero debéis saber que no es lo mismo vencer veinte lides guerreras que conquistar un amor de mujer.

—¿Cuándo, Violante, oiré de vuestros labios



una palabra de esperanza que apague las ansias de mi corazón, cuándo?

—No siempre la pasión que se manifiesta con palabras es la más noble: la pasión que se calla es la mayor.

—Princesa, sabed que mis labios se mueven a impulsos de mi corazón. ¿No lo veis en mis ojos?... Violante, os amo; pero con tal vehemencia que estoy dispuesto, para probaros mi amor, a soportar la prueba que vos determinéis.

—Si me amáis, conde Giano, dejadme en paz y no me importunéis más con vuestras querellas.

—¡Imposible, princesa, mi corazón rebosa de amor por vos y no puedo guardar en sus arcanos este anhelo que me impide vivir sin vuestro cariño!

—Ja, ja, ja...

—Princesa, ¿os moráis de mis anhelos?

—No creo en el amor...

—Eso es una blasfemia. El amor es lo más grande y noble que en el mundo existe, el amor es...

—¿Quién sabrá, conde Giano, lo que es el amor?... Casi todos confundimos este noble anhelo de nuestra alma con otro más innoble que es la pasión desenfrenada, el deseo de satisfacer los bajos y animales instintos. Amor es luz divina, amor es la verdad, es la bondad, es la bellez...

—Y como vos, princesa, reunís en vuestra gentil persona los atributos de esta trilogía, base de toda estética, habéis despertado en mi alma ese sentimiento, esa luz divina que se llama amor.

El conde Giano tomó entre sus manos la escultural de Violante y hacia sí la atraía con vehementemente deseo; mas ella, esquivando, le rechaza.

Soberbio en su derrota, el noble conde, no abandona su presa y, en sentidos coloquios,



VIOLANTE

*Italia Almirante Manzini*

lucha en vano, por obtener una promesa de la indómita castellana.

Queriendo lograr por la fuerza lo que la persuasión no puede, el conde Giano se esfuerza por abrazarla; pero Violante le rechaza y en-



tonces el noble caballero, violentamente, la arroja sobre un macizo de clemátides.

Y el conde Giano, ardiendo en fuego insano, se retira, mientras su dulce tormento lanza una carcajada burlona que le hieló el alma.

## II

Todo es alborozo en los patios del feudal castillo.

Los caballerizos disponen las monturas que aprestan y enjaezan; los monteros desatan las jaurías que se reúnen en el patio de honor; las damas e infanzones esperan en el inmenso zaguán al conde y a su hija Violante; los feudatarios, en tropel, aguardan frente al castillo para ver pasar la brillante comitiva; trompas y alifanes anuncian la cacería.

Y mientras el pueblo en masa agolpado en dos compactas filas que los mesnaderos, empuñando sendas alabardas, impiden se desmande, aparece en la plaza de armas del castillo un ser extraño, caballero en mísero rocín, seguido de una chusma de chiquillos que le voccean y le insultan: es el bufón grotesco y de tan ruin catadura que es blanco de las burlas de la gente. El taimado bufón corresponde a las chanzas de la chusma burlándose de ella.

Una carcajada general recibe al grupo formado por el ridículo jinete y sus seguidores. A este regocijante saludo corresponde el bufón con saludos y contorsiones que aumentan aún más la hilaridad. Luego se apeó de su escuálido rucio y cogiéndole por las patas delanteras

lo levantó en alto, de modo que sosteniéndose sobre sus dos traseras, saludara a la concurrencia; y decía el bufón en alta voz:

—Saluda, compañero, y no te amedrente esta amable concurrencia, que todos amigos son de ambos y a ambos nos admiran.

Las damas, que esperando estaban en la puerta del castillo a la comitiva, rodearon al festivo házmerreir de la gente, y una de ellas le preguntó:

—Mago de mil diversiones, ¿por qué no eres jorobado como todos los bufones?

—Ya lo fuí... Pero llevo la cerviz levantada para que nunca crean que me humillo ante nadie ni ante nada.

—¿Sabes que eres gracioso— le dijo otra—

y, para ser bufón, altivo y orgulloso?

—Fíjense las mujeres en lo chocante...

Yo, por librarme de ellas, aunque sea contrahecho, me he tornado arrogante.

Las damas tuvieron que dejar al bufón que tanto las regocijaba: en aquel momento el conde con un acompañamiento brillante de infanzones, y su hija Violante, seguida de hermosas damas, salían del castillo y todos montaron en los corceles dispuestos al efecto para la cacería.

¡Qué hermosa estaba la Princesa!

Cubría su cabeza con un hermoso y desco-



munal sombrero de fieltro echado hacia atrás, con el ala delantera recogida y prendida a la copa con un alfiler de oro: sombrero llamado en aquella época, de peregrino, por ser de la misma forma de los que éstos usaban.

Vestía un traje de amazona, tan descotado, que dejaba al descubierto hasta el nacimiento del pecho.

¡Qué hermosa estaba!

El bufón pirueteó ante los nobles personajes hasta que desaparecieron.

Muy cerca de la puerta del castillo hallábase el conde Giano. Su triste mirada siguió a la princesa Violante hasta que la perdió de vista.

Ensimismado estaba Giano, pensando en aquella mujer singular, cuando el ladino bufón se le acercó y colocándose a su espalda, más bien que a su oído, deslizó estas palabras a su corazón:

—¿No queréis olvidar?  
¿No os queréis divertir?...  
¡Seré vuestro juglar  
y vuestro hazmerreir!

El conde volvió la cabeza y al reconocer al bufón, contestóle con esta cuartilla:

—Si el amor es esquivo,  
la risa es un dolor...  
¿Cómo podré reír si sólo vivo  
sufriendo por su amor?  
—No merece la pena ese tormento  
por ninguna mujer.  
¡Os llevaré a libar dichas sin cuento  
en la divina copa del placer!

Quiso el noble prócer despreciar, con el silencio, las últimas palabras del juglar; mas éste, haciendo una contorsión ridícula, de un salto se le plantó delante y, guiñándole el ojo con malicioso intento, le preguntó:

—¿No queréis olvidar?  
¿No os queréis divertir?

—Vete al cuerno, bufón, no me amargues la vida.

—Prefiero, buen conde, quedarme a vuestro servicio.

Esta salida hizo sonreír al conde Giano, quien le tomó a su servicio, como era el deseo del juglar.

Este, contorsionándose y brincando alegremente, fué a buscar su cabalgadura, gritando:

—¡Un amo que me paga  
acabo de encontrar!  
¡Ya tengo quien me sirva!  
¡Ya tengo a quien mandar!

### III

Cansado el conde Giano de la indiferencia de Violante, se decide a entrevistarse con el padre de aquélla para contarle su dolor y desespero y solicitar consejo del noble anciano.

Recíbele éste con gran amabilidad y le anima a ser constante en su querella.

—Violante es buena, conde Giano, pero es esquivo con los hombres, siempre lo fué, y tiene de ellos y del amor una falsa idea. No



creo que haya partido que mejor le convenga que vos. Yo hablaré con ella y veré de convencerla.

—Gracias, buen conde. Mi ideal es hacer la felicidad de vuestra hija y... la mía, poseyéndola.

—Dejadlo de mi cuenta.

Momentos después el anciano señor feudal hablaba con su hija, a la que reconvino por su indiferencia con Giano.

—Supongo, padre mío, que no querréis imponerme un esposo por la fuerza.

—No, hija mía; pero es forzoso que antes de que mañana el sol tramonte el cerro que hacia el Oeste desde aquí se divisa, elijas al hombre que ha de ser tu esposo.

—Veinticuatro horas me dais... ¡Menguado es el plazo!

—Más no ha menester quien, como tú, tiene tantos y tan excelentes partidos.

—Enteros los quisiera, mi buen padre y señor... Mas ya que mi ideal en busca del amor verdadero no puede colmarse, aceptaré como compañero a quien me ofrezca más garantías de libertad para ir en busca del amor de mis amores.

En aquel momento, se perciben los sonidos estridentes de los alifanes de los heraldos, quienes, desde los altos minaretes anunciaban a un nuevo personaje que, con brillantísima escolta y soberbio equipaje se acerca al castillo.

Este personaje cabalgaba en brioso alazán e iba acompañado de nobles guerreros y seguido de más de doscientos mulos cargados con cajas y fardos, conducidos por las riendas por fieles criados.

El anciano conde, al oír las estridencias de

los alifanes, se asomó al ojival ventanal y vió en el patio de honor aquella abigarrada multitud de mesnaderos, criados, caballeros y monturas.



GIANO

*Alberto Collo*

Un paje penetra en el salón y avisa al conde, después de inclinarse ante él:

—Señor, un noble caballero pide hablaros.



—De noble estirpe será a juzgar por su séquito... Hacedle entrar... Retírate, Violante.

Un momento después, un personaje tan extraño como ridículo penetra en el salón.

Es menguado de talla y tan exageradamente obeso, que no hay palabras para ponderar su gordura: su abultado vientre impedíale caminar con holgura, su papera y sus mejillas de tal modo redondeaban su cabeza, que la luna parecía.

Vestía con abigarrado lujo e iba muy adornado con cadenas y colgantes de gran valor. Calzaba unas botas de montar con inmensos orejones y espuelas de oro. Su justillo era de vellorí con áureos encajes; su capa de púrpura con pliegues de dorados galones; sus abollados calzones del más rico paño de Damasco.

Una sonrisa pronunciadísima se dibujaba en sus labios cuando ante el conde se presentó. Con voz atemorada, que contrastaba con lo recio de su humanidad, habló:

—Por Violante, señor,  
he venido exprofeso:  
soy rico como Crespo,  
me llamo Floridor.

A la vista de tan raro ejemplar de la especie humana, por su manera de andar y de decir y, sobre todo, por su extraña figura, el anciano feudal cree que se halla ante un loco de atar o un bromista inocente. El conde sonrió y se apresuró a contestar en el mismo tono con que se presentara el obeso recién llegado:

—El amor con que sueña  
Violante, caballero,

me figuro que no es de esa abundancia de abdomen ni dinero.

—Uno no puede elegir  
la forma que ha de tener;  
mas tampoco una mujer  
puede en la vida decir:  
«de esta agua no he de beber».

Cuando el padre de Violante anunció a ésta el objeto de la llegada del regocijante personaje, ésta se hallaba en compañía del enamorado conde Giano, quien se hallaba convenciendo a la linda condesita. Esta manifestó alegremente:

—Quiero ver a mi nuevo pretendiente  
De pedrería y oro  
lo imagino un montón.  
¿Será acaso un tesoro  
también su corazón?

Giano le dijo con sorna:

—¡Seréis capaz de amarle!  
—¿Amarle?... ¡Qué locura!  
Pero tampoco a vos;  
y si he de obedecer, a fe de hija,  
no se opondrá mi padre a que yo elija  
entre los dos.

Abrigando la esperanza de ganar en la contienda, el conde Giano responde a Violante:

—Acepto de buen grado,  
y os prometo acatar humildemente  
el fallo pronunciado.



El conde convocó en el gran salón de recepciones a todos los nobles caballeros y damas de su casa. Violante se sentó bajo el dosel del trono. Estaba radiante de belleza. Su anciano padre tomó asiento al pie del trono.

Floridor penetró en el salón, acompañado de varios caballeros de su séquito. Al ver la pristina belleza de su pretendida, pugnaba en vano por doblar el espinazo.

Violante, al ver aquella bola de carne, no pudo menos de echar una carcajada, a la que Floridor correspondió con otra no menos sonora.

Cuando el conde Giano divisa a su contrincante, se le alcanza que en esta extraña competencia ha de salir vencedor.

Y díjole la princesa:

—Mi padre me acaba de explicar el motivo de vuestra venida al castillo.

—Entonces excuso repetiros, hermosa Violante, lo que a él ya dije.

—¿Cómo, sin conocerme, habéis podido...?

—La fama de vuestro nombre y hermosura, oh dama, llega hasta los confines del mundo. Yo, que soy rico como un rey, pretendo poseeros... Admitid estos presentes que simbolizan mi admiración por tan noble dama.

Hizo una señal el panzudo Floridor, y una pléyade de sus servidores fueron dejando ante la princesa una infinidad de valiosos presentes. Cuando los servidores hubieron desfilado, la esquiva Violante contestó al estrambótico extranjero:

—Al menos, sois sincero:

¿de modo que no soy sino una joya que se compra o se alquila por dinero?

—Tan sólo aspira a vos mi vanidad dorada y caprichosa: yo soy bastante rico y vos... asaz hermosa.

—¡Si vuestro oro y mi ser valen lo mismo,

ya pueden compararse la cumbre y el abismo!

—A nada es comparable vuestra sin par figura, mas mi riqueza es tanta que pagarla podría con usura.

—Mi señor Floridor, ya que sois tan galante, referid vuestra vida que ha de ser, como vos, interesante.

Hizo una pausa Floridor, puso sus manos sobre su enorme panza y, después de toser y estirar su golilla que, por lo visto, le apretaba su enorme cuello de toro, asintió:

—Violante, por vos he venido, ya veis; soy rico como un rey. Me llamo Floridor.

—Contadme vuestra historia.

—Compláceros quiero, hermosa Violante; mi historia es tan linda como emocionante.

Yo era un marino mercante que, piloto en su fragata, perdió el rumbo y vino a dar en una isla encantada... No debo decir su nombre



ni el sitio donde se emplaza,  
para que no vaya nadie  
que pueda desencantarla.  
Me cogieron prisionero  
y yo dije: «Adiós, mi panza»,  
al ver como unos indígenas  
enseñaban las dentazas.  
Por suerte de mi barriga,  
—que, como veis, no es menguada—  
fuí tan simpático al rey  
por mi garbo y por mi gracia,  
que me convidó a su mesa  
en su mismísimo alcázar,  
con sus nobles y guerreros;  
pero... no asistían damas.  
¡Qué banquete, Dios del cielo!  
Figuraos: una sala  
más grande que este salón,  
tan ricamente adornada,  
que las mesas eran de oro,  
y los asientos de plata.  
La vajilla... ¡qué vajilla!,  
también de oro cincelada.  
Y las copas y los jarros  
y los pocillos y tazas  
otros iguales no creo  
que en el mundo entero haya.  
El rey se sentó en el centro  
de la mesa, preparada  
con los más ricos manjares;  
y a mí, luego el maestresala  
cogiéndome por el brazo  
y dándome una patada  
en un sitio que nombrarlo  
no debo ante vos ¡oh, dama!,  
me dijo en tono solemne:  
«Siéntate, hártate y... calla».

¿Os hace reir, señora,  
que me dieran la patada?  
No reí yo, ¡vive Dios!  
que aún siento aquí (y señala



BUFON

*Aníbal Bertrone*

Floridor, donde, al bajar  
la espalda, ya no es espalda).  
No debéis reir, princesa,  
porque en la isla encantada



donde me llevó el destino,  
 es costumbre inveterada  
 cuando llega un extranjero  
 el obsequirale... a patadas.  
 Yo me senté... con dolor  
 de mis posaderas y ancas;  
 y luego empezó el banquete.  
 ¡Qué banquete!... ¡Dios del alma!  
 Primero los servidores  
 salieron con azafatas  
 rebosantes de un menjurje  
 amarillo como... ¡Ca, ca!  
 Yo no digo, aunque me linchen,  
 qué me pareció la salsa.  
 «¡Puá!, gorrinos»—pensé yo—  
 y las narices tapaba,  
 pues no era sólo el color...  
 echaba olor queapestaba.  
 Yo pensé que los presentes,  
 al ver como olfateaban,  
 iban a escapar huyendo  
 de aquella sala endiablada.  
 Pero ¡ca! era de gusto  
 que aquel olor aspiraban,  
 porque todos se lamían  
 al ver la amarilla salsa.  
 ¿Que si yo comí?... ¡Pa'l gato!  
 ¡Antes moría de gana!  
 Pero no se acabó aquí  
 aquella broma pesada.  
 Así como existen moscas  
 que nos molestan en casa,  
 allí entraron a montones  
 animales de otra casta.  
 Una invasión asquerosa  
 de voracísimas ratas  
 que paseaban tranquilas

como dueñas por su casa.  
 ¡Qué horror! Aquellos roedores,  
 en número tan sin tasa,  
 subían sobre las mesas,  
 por las paredes y hasta  
 encima de las personas  
 sin parecer molestarlas.  
 En un mismo plato juntos  
 comían hombres y ratas  
 tan sin escrúpulo y asco,  
 que bien pronto se notaba  
 era aquello natural  
 en aquella isla encantada.  
 No pude probar bocado;  
 mas tuve una idea sabia,  
 y le dije al rey: «Señor,  
 si me convidas mañana  
 te demostraré mi ciencia  
 y mi poder». El callaba,  
 muy preocupado, quizás,  
 de que un avieso roedor  
 le birlase una tajada.  
 «Convídame—proseguí—  
 a la tu mesa mañana,  
 porque hoy estoy desganado  
 y no puedo probar nada».  
 El rey, con la boca llena,  
 me contestó: «Esa panza  
 llenarás mañana aquí  
 si no te estorban... las ratas».  
 Dejéronme en libertad  
 por la ínsula malhadada,  
 libertad que aproveché  
 para acercarme a la playa  
 y llegué hasta el bergantín  
 en el que yo navegaba.  
 Cogí un gatito de Angora,



buen cazador, y una gata,  
y los metí dentro un saco  
esperando a la mañana  
después, en que el soberano  
a su mesa me invitaba.  
Al llegar el día siguiente,  
cuando el convite empezaba,  
sirviéronnos otra vez  
aquella amarilla salsa  
que despedía el hedor  
que tanto asco me causaba.  
Cuando se llenó el salón  
de aquellas malditas ratas,  
solté los gatos y... ¡zas!  
Mordisco aquí, allí zarpada,  
en un solo «Amén, Jesús»,  
fué el salón limpio de ratas.  
Al contemplar admirados  
de mis gatos las hazañas  
todos los allí presentes  
de hinojos caen, y gracias  
dan a sus dioses, pues libres  
se ven ya de aquella plaga  
de ratas y de ratones  
que tanto les molestaban.  
Celebróse en todo el reino  
la gatuna y fiera hazaña:  
hubo fiestas, hubo justas,  
también bailes y cucañas.  
Y el rey, mirando a los gatos  
como a dos bestias sagradas,  
hizo poner sus efigies  
sobre unas columnas altas,  
y los isleños y el rey  
a adorarlos se acercaban  
con idéntico fervor  
como en nuestra iglesia santa

el cristiano adora a Dios  
y a la Virgen soberana.  
El rey me felicitó



*Mas de nada servían  
blasones ni valor:  
la princesa Violante  
sólo amaba al Amor.*

y su dicha tan colmada  
fué, que dijo entusiasmado:  
«Dame esas bestias sagradas



y lo que pidas daré  
a cambio de ellas». No es nada  
lo que de esto me alegré,  
porque en aquella morada  
lo que sobraban, yo vi,  
eran perlas y esmeraldas,  
y brillantes y rubíes  
y otras piedras más preciadas.  
Así, que yo contesté  
como el que no pide nada:  
«Sólo os pido, rey, a cambio  
de esos mis d'oses con patas,  
un capacito no más  
de brillantes y esmeraldas,  
y otro de perlas». «¿Qué más?»  
preguntóme el rey con calma.  
Y le respondí: «Quizás  
otro de piedras variadas  
de turquesas y rubíes  
que os sobran en esta casa».  
Accedió el rey a mis ruegos,  
se guardó el gato y la gata  
y yo me llevé a mi buque  
una fortuna de rara  
manera adquirida, y fui,  
desde aquella feliz data,  
más rico que un rey, pues ¿quién,  
mi fortuna sobrepasa?

Y así, princesa, es  
la historia de mi vida  
que pongo a vuestros pies.

Y la princesa contestó, sonriendo al ex  
marino:

—Reí de buena gana  
oyéndoos hablar.  
Pero... ¿con vos creéis  
que me puedo casar?—

Floridor se echó a reír a carcajadas, temblán-  
dole de tal modo la barriga que causa general  
hilaridad.

—Y daos prisa, señora,  
pues si ahora  
vuestra hermosura os basta,  
la belleza se gasta por sí sola,  
y el dinero se gasta... si se gasta.  
—¿Qué respondes a esto, Violante?—

Inquirió el feudal, convencido de antemano  
de que su hija no querría maridarse con un  
tipo tan raro. Mas ella contestó:

—Padre, una condición  
ponerle quiero  
a este informe montón  
de astucia y de dinero...—

La princesa miró a Floridor con maligna son-  
risa e inquirió:

—¿Conocéis el cuento  
de la oveja blanca,  
que balaba sólo  
cuando lo ordenaba  
la linda pastora?  
—Lo conozco, ¡oh dama!,  
conozco ese cuento.  
—¿Queréis imitarla?



—¡ Seré vuestra oveja,  
pastora adorada !

—El pacto queda hecho, Floridor,  
seréis mi amo y señor,  
aunque oid una cosa :  
sólo compráis esposa,  
mas no mujer ni amor.

—Yo, mientras tanto,  
mantendré la llama  
de mi pasión ardiente  
Y al amor verdadero  
lo seguiré llamando eternamente.

—No esperéis ese amor,  
pero... y si llega,  
¿ qué papel reserváis  
a Floridor.

—No sé... Podéis pensarlo.  
Yo no puedo dar más de lo ofrecido  
y en vos está tomarlo  
o no tomarlo.

Y el rico pretendiente,  
que de ser hombre práctico se ufana,  
piensa que hay que vivir en hoy  
y no en mañana.

Y contesta, del conde con sorpresa :

—Acepto el pacto,  
singular princesa.—

Esta se pone en pie, mirando a Giano,  
y anuncia con tono soberano :

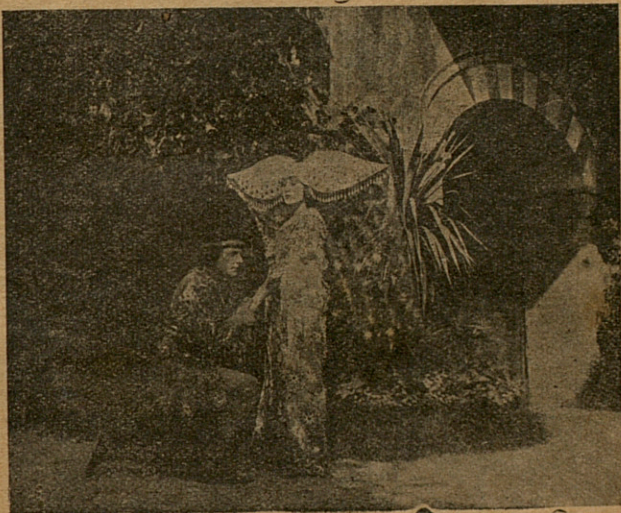
—Por mi libre albedrío  
elegí a Floridor

para que sea señor  
y esposo mío.

Violante bajó del trono y acercóse a su futuro esposo, quien tomándola por el brazo anun-

ció en alta voz, con mengua de la tranquilidad  
de nervios del conde Giano :

—¡ He aquí mi prometida,  
la princesa Violante !—



*Soberbio en su derrota, el conde Giano  
no abandona su presa,  
y en sentidos coloquios lucha en vano  
por vencer a la indómita princesa.*

Protesta airadamente  
el conde enamorado  
al sentirse en su orgullo  
y en su amor despreciado.



Mas la princesa, al pasar junto al moleestado conde, le dice sonriente:

—Sed justo, conde Giano,  
porque la condición  
fué acatar en silencio  
mi elección.

Y al verse libre, unida a Floridor,  
cree la gentil señora  
que en alas de su mente soñadora  
puede volar en busca del amor.

#### IV

Los esposos viajaron largo tiempo  
sin romper lo pactado:

Floridor satisfecho y obediente,  
y ella, al acecho  
del amor buscado...

El conde Giano, seguido del bufón,  
a su castillo fué  
a beber en la fuente del olvido;  
y se volvió un tirano pervertido  
sin lograr acallar su corazón.

El conde Giano no hallaba el reposo de su alma amargada por el olvido y desprecio de la singular princesa, que no había querido corresponder a sus amorosos anhelos.

Varios días pasó sin poder conciliar el sueño, pensando en su malogrado amor.

Quiso olvidar a la mujer amada, rodeándose de placeres.

Reunió en su castillo las más hermosas y las

civas mujeres. En fiestas enfrascado, vivía en una orgía continua, forjándose la ilusión de que así olvida a la princesa que le había quitado la tranquilidad; pero es vano cuanto intenta para olvidarla.

Y se hunde en los placeres voluptuosos en una continua fiesta orgiástica.

La vida depravada del castillo trasciende al exterior—que nunca supieron los servidores de un magnate guardar secreto sobre sus intimidades.

Los vasallos se enteran de las innobles vilezas de su amo y señor, a quien, hasta entonces, han respetado y honrado y obedecido. Y todo son murmuraciones y cabildos entre los buenos feudatarios, en cuyo espíritu fermenta la indignación y la ira.

Y tanto el conde la medida colma de sus monstruosidades, que al fin la indignación de los espíritus individuales se hace general y prende como reguero de pólvora en todos los corazones.

—¡Hay que vengar la moralidad ultrajada!  
—dicen unos.

—¡Hay que asaltar el castillo!—proponen otros.

Y todos, sublevados, complotan un día tras otro. Al fin, la furia popular estalla en una potente manifestación.

Un día, el pueblo todo se dirige a la morada de su señor feudal en actitud levantisca.

Unos empuñan hoces, otros azadones, palas y otros aperos de labranza; los más van armados con sendos garrotes.

Al llegar cabe los muros del castillo, empezaron a dar gritos desaforados.



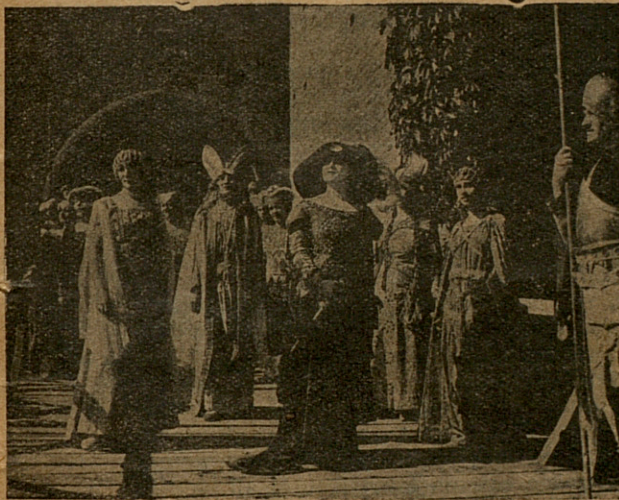
El primero que notó  
esta actitud desmandada  
de las turbas, fué el bufón,  
quien, temiendo que asaltaran  
el castillo, aviso dió  
a Giano: —¡ Señor, nos valga  
San Bruno y también San Blas!  
¡ Qué multitud, Dios nos valga!  
—¿ Qué quieren, por Barrabás?—  
preguntó el conde con rabia,  
sus feudos al contemplar  
desde elevada ventana.  
—Quieren mataros, señor—  
respondió el juglar—. Y tanta  
rabia os tienen, mi señor,  
que si no huís—¡ Virgente santa!—  
albóndigas hacen hoy  
del conde Giano.

—No espanta  
al conde Giano esta gente  
cuando tiene aquí mesnadas.  
Mis lanzas van a acabar  
con rebuznos y amenazas.  
Y tú, bufón de Satán,  
que tanto pavor te causan  
los gruñidos de estos siervos,  
caerás en mi desgracia...  
—¡ Señor!

—¡ Poltrón, haragán,  
vete lejos... mala casta!  
—Yo, señor...

—¡ Calla, si no...!  
—Pero si no digo nada.  
El conde Giano calló;  
el bufón, orejas gachas,  
de su presencia marchó...  
Y la multitud gritaba:

—¡ Que muera el conde, que muera  
ese gocho de dos patas!—  
Enfurecido, el conde  
a sus mesnaderos manda



*La princesa Violante va de caza  
con el gran esplendor  
que contempla curiosa  
la gente en redor...*

ir contra la multitud  
armados todos con lanzas.  
Se armó la de San Quintín;  
aquello fué una batalla,  
¡ y qué batalla, gran Dios!



Todos luchaban con rabia;  
mas quedaron vencedoras  
del conde las sus mesnadas.  
Algunas horas después,  
cuando ya el sol se ocultaba  
tras las montañas, quedó  
libre de toda amenaza  
el castillo feudal,  
que quedó ya siempre en calma.  
Después de sofocar la rebelión,  
cae en desgracia del conde  
el valido bufón.

El conde Giano hizo encerrar en una obscura mazmorra al infeliz bufón, cuya falta sólo consistía en haber prevenido al conde del peligro que corría su persona.

Allí, mil penas sufría sin compasión: hambre, sed, azotes, todo cuanto la crueldad inventó para hacer sufrir a un humano.

De tal modo se llegó a martirizar al desventurado bufón, que le ponían, en el patio, cerca del ventanillo abarrotado que daba a ras de tierra, pedazos de pan y vasijas llenas de agua: pero de modo que no estuviesen al alcance de su mano. Hacíanle sufrir hambre y sed: así su martirio era mayor a la vista constante del agua y del pan.

¡Qué tormento tan terrible este de Tántalo!

Así vengaba el conde su despecho sobre el desventurado e inocente jugador.

Un día, los heraldos del conde Giano hicieron oír las trompetas, nuncio de que se acercaba al castillo una comitiva, digna de un soberano:

—¡Señor—anuncia un paje al conde—, dos

personas principales están pidiendo ser admitidas en el castillo!

—¿Dónde están?

—Esperan que se les eche el levadizo puente.

—Que se les permita la entrada y que mis mesnaderos se formen prestamente en el patio de honor.

Cumplióse como el conde lo ordenara. Entró la comitiva.

¡Qué sorpresa, Dios santo!... ¡Los que a las puertas de su mansión llegaban eran Floridor y Violante!

A través de su viaje,  
Violante y Floridor llegan al feudo  
para rendir al conde  
amistad y homenaje.  
Y, en honor de Violante,  
aquella misma noche  
hace el conde un derroche  
de lujo, en una fiesta deslumbrante.

Durante la misma, procura Giano avistarse a solas con la amada de su corazón, con la sin par Violante.

Aun espera el conde llegar a alcanzar su amor, por eso busca con placer su compañía.

—¿No estáis cansada, princesa—inquiere Giano—, de tanta gordura?

—Floridor cumple hasta ahora su promesa: procura mi dicha.

—¡Qué facha cuando ambos juntos os halláis!

—¿En eso os fijáis, conde?... ¡Qué menguado sois!

—¡Buena cruz os lleváis, Violante, con tal compañía!



—Floridor es mi luz,  
 su oro me guía...  
 Pero no he descubierto en mi camino  
 el amor que yo espero todavía.  
 —¡ Me miráis con desdén,  
 aún sois la misma !  
 —¿ No sois el mismo vos ?  
 ¿ Cómo queréis entonces  
     que yo os mire,  
 cuando nada ha cambiado entre los dos ?

En esta conversación se hallaban Giano y Violante muy cerca del encierro donde estaba ahorrado el desdichado bufón.

La princesa oyó un triste lamento y prestó oído.

Una voz quejumbrosa se lamentaba téticamente:

—¡ Tengo hambre, tengo sed !

—¿ Quién así gime, conde ?

—Aquí lo ved—y Giano señaló la reja situada a ras de tierra.

La princesa reconoció al bufón y exclamó:

—¡ Pobre bufón ! ¡ Su situación me conmueve !

—¡ Tengo hambre, tengo sed !—volvió a repetir el encarcelado.

Pero Giano se inclinó hacia la reja y le insultó:

—¡ Ah, perro !... ¡ No hay clemencia !

¡ Yo te pedía apagar

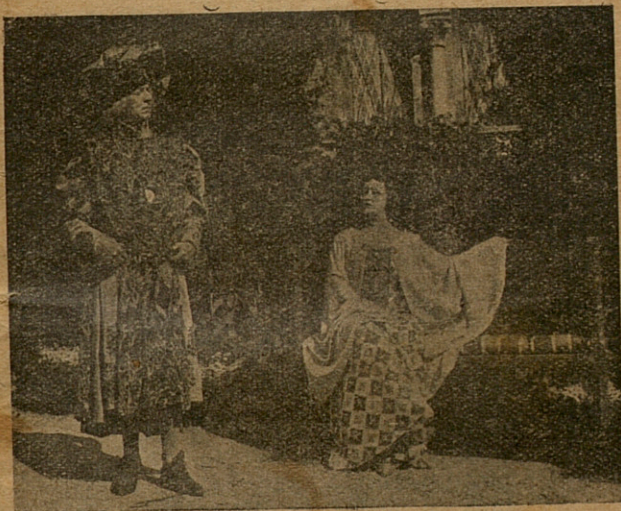
mi sed en el olvido,

y tú me envenenaste la existencia !—

Violante se acercó también a la reja y, al ser

reconocida por el preso, éste le pronunció estas discretas palabras:

—¿ Pero está la gacela ?  
 ¿ Ha venido ?... ¿ Llegó ?



—Hija mía, es forzoso :  
 el plazo que te di ya ha terminado ;  
     mañana mismo  
 has de elegir esposo.

Pues estás, amo mío,  
 tú más preso que yo.—  
 Y endulzando su voz desfallecida,  
     el discreto bufón  
 cantó con voz meliflua esta canción :



—Por tu amor, quiero vivir;  
por tu amor, he de matar;  
por tu amor, voy a morir.—  
Violante preguntó con emoción:

—¿Os burláis del amor?—

Y contestó el bufón:

—¡Guardaos, señora,  
no clave en vuestro pecho  
su dardo vengador!—

Volvióle el conde a interrogar,  
y el bufón contestó con un cantar:

—Dime, taimado bufón:

¿qué es lo que piensas de mí?

—Soy el juguete sin niño,  
soy la sortija sin mano,  
soy el amor sin cariño.

—¿Eso soy?

—Eso sois.

La princesa que amaba al amor, al oír estas palabras, se echó a reír y fuese al lado de su esposo Floridor que se hallaba aún en el comedor, donde había tenido lugar el banquete.

El conde quedó solo con el preso, cuyo espíritu admiraba, y al ver que el juglar solicitaba su piedad, le dijo prometiéndole sacarle de allí:

—Te sacaré de ahí; mas si en dos días  
con tu fina destreza,

no me consigues el amor que ansío,  
entregaré al verdugo tu cabeza.

—¡Aceptado, señor, lo acepto todo!

—¿Cómo queréis yo pueda de este modo  
el ingenio aguzar?... Yo no podría  
con la tripa pegada al espinazo.

No me matéis de hambre,  
matadme de un trancazo.

—Saldrás de aquí con esa condición.

—Y yo acepto convencido de que obtendré  
a vos a la mujer más linda que jamás haya  
ado el sol.

—Si tal haces, una recompensa mayor ten-  
s, si cabe, que la que ahora te concedo con  
libertad.

—Gracias, señor... Os serviré siempre hu-  
damente.

Pocos momentos después las puertas del en-  
cierro, donde aherrojado estaba el discreto bu-  
fón, se abrieron de par en par.

El juglar oyó ruido de platos. En aquel mo-  
mento se terminaba el gran banquete con el  
cual Giano obsequiaba a sus huéspedes.  
Dirigióse el bufón al comedor y observó des-  
de la puerta.

El panzudo Floridor comía con apetito voraz  
una pierna de carnero, mientras, con la boca  
llena, daba muestras de gran locuacidad... ¡Po-  
der del vino!

Violante se acercó a su marido y lo atrajo  
hacia sí diciéndole:

—¡Floridor, Floridor,  
alza tu vista al cielo...

y mira, esposo mío,  
qué clara luna llena  
rompe las sombras del azul vacío!...

—¿Y qué, esposa amable?

—Su faz imperturbable  
hondo mutismo sella:  
has de ser razonable  
y aprender a callar lo mismo que ella.



Floridor comprendió la lección y cerró la boca que abría encantado, oyendo la sentencia de Violante.

En aquel momento, el bufón, saltando alegremente, se enfrenta con el craso Floridor y le pregunta con gracia:

—¿Eres un hombre  
o un aerolito?

¿O un producto creado  
para excitar más mi apetito?

—¡Qué hambre tienes, caray!

Bien se me alcanza  
que muy cerca de ti  
peligrará mi panza.

—Te conozco, señor,  
eres el archigato cazador.

En aquel momento se presentó el conde Giano y el locuaz y discreto bufón fué hacia él:

—Amo y señor querido,  
me desconcierta el hambre,  
estoy desfallecido.  
Hasta antropófago me siento.  
Decid, ¿con qué invitado  
tenéis algún resentimiento?—

El conde contestó al hambriento juglar:

—Aún quiero verte padecer:  
mientras no hagas llorar a Floridor  
tú no podrás comer.—  
Y el bufón tiene prisa  
por arrancar el llanto a Floridor,  
que es un saco de risa.

El juglar por piedad pide al marido de Violante que se retuerce en risa descompuesta:



*La claridad del día,  
radiante de esplendor,  
diluye pronto el sueño  
de la noche anterior.*

—¡Llorad, por compasión,  
para que coma un pobre hambriento!



Floridor ríe más fuerte, si cabe, y el bufón aún insiste, poniendo cara de lástima:

—¡Una lágrima solo!...

Y Floridor, riendo a mandíbula batiente, le contesta:

—¡Oh, bufón peregrino!  
¿Cómo llorar sin pena?  
¡Tráete de la cocina un cebollino  
y me verás llorar  
como una Magdalena!

No podía comer el bufón si no lloraba Floridor y quiso que llorara; para obtener aquellas lágrimas, el juglar tomó una actitud severa, mayestática, y como quien profetiza, exclamó:

—¿Queréis mayor querella  
que saber que no alumbra  
ya vuestra buena estrella?...  
¿No lloras?... ¡Pues yo debo  
comer, ser repugnante!  
¡Gordo barril de sebo!

Tomó el bufón una copa llena de vino, miró al fondo de ella y como adivinando, vaticinó:

—Mira este vino,  
que dibuja en el fondo de la copa  
tu mísero destino...  
—¿Eres tú por si acaso un adivino?  
—Escucha, por favor,  
lo que dice este vino a Floridor:  
«¡Busca al obeso y cómico marino  
Floridor,

que me vendió el felino  
cazador!

¡El, que está devorando  
nuestros bienes mejores,  
como antaño lo hacían  
la plaga de roedores!  
¡Que muera, sí, es de ley!  
¡Que muera Floridor,  
el archigato rey!»

Al oír estas palabras, Floridor se echa a llorar a lágrima viva. Y apenas sorprende a éste las pupilas húmedas de emoción, el juglar se arroja sobre una fuente, conteniendo un pollo asado y en él ceba sus ansias de hambriento. Y mientras da buena cuenta del asado, con la boca llena va diciendo:

—No llores, más,  
esposo de Violante,  
tú no tienes más ley  
que tu soberbia panza de elefante.

El conde, su amo, vino a interrumpir su trabajo. Cogióle por el brazo y le advirtió:

—Piensa que el tiempo pasa  
con presteza,  
y que tienes en vilo la cabeza.—

Y el astuto bufón su ingenio aviva,  
pues la cabeza es cosa tan preciada  
que no debe dejarse abandonada  
a la merced de una princesa esquiva.



## V

Son las horas misteriosas de la noche, de una noche estrellada y clara. La luna refleja sobre la tierra una luz pálida, propicia para envolver con su manto de plata a los enamorados: es noche abrileña, noche de amor, llena de encantos.

El amor vela; y a su alrededor se fraguan intrigas alevosas.

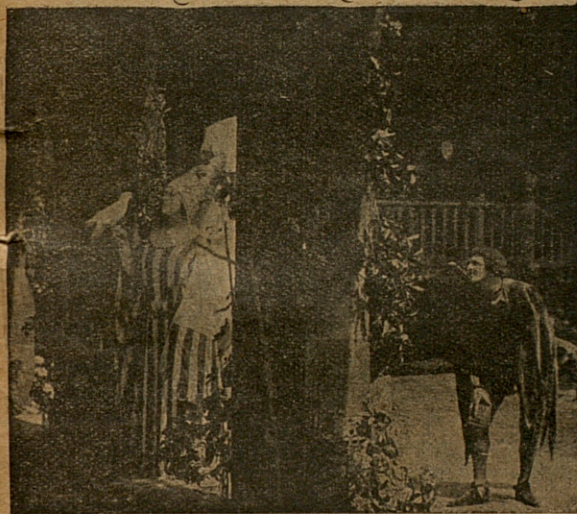
Es la noche que el bufón elige para lograr el galardón de conservar en su sitio la cabeza.

El grueso Floridor, que afirma conocer a fondo la ciencia del vivir, apenas termina de cenar, cree que lo lógico es dormir. Y, sin preocuparse de su esposa, de quien—en aquella hora—suele hacer caso omiso, se va a acostar.

El bufón ha contratado a un puñado de músicos, tañedores de laúdes, que se apostaron bajo la ventana del dormitorio de la Princesa, y a la hora misteriosa de media noche, mientras Violante se despojaba de sus vestiduras para acostarse, una música celestial hirió dulcemente su oído. Cubrióse con un manto y salió a un terradillo florido, para oír la meliflua trova que en su loa se cantaba. Una voz atenorada, acompañada por el dulce tañer de los laúdes, cantó con gran sentimiento:

Como espejo tus ojos  
yo quisiera tener,  
y por fuente tus labios  
para saciar mi sed.

El bufón se había acercado a la escalinata que al terradillo conducía. Violante le vió y, al terminar la trova, descendió hasta él y le preguntó con dulce acento, mientras los laúdes continuaban haciendo oír la suave melodía:



—¿Quién eres?... No recuerdo.  
¡Ah, sí!... Diviérteme, bufón.

—Pero... ¿eres tú, bufón?  
¿Cómo sabes cantar  
esa linda canción?  
—¡Yo de todo en la vida me reía;  
pero el amor hay que tomarlo en serio



y rendirle de hinojos pleitesía!

—Oye, dulce cantor:

¿Tú sabes explicar  
qué cosa es el Amor?

—¡Oid entre la fronda  
ese leve rumor  
del aire que modula  
un cántico de amor!...

Y, mejor que mis frases,  
esa música oid.

¡Es el Amor que os llama!

¿Qué esperáis?... ¡Acudid!

—No comprendo, bufón...

—Una pasión abrasadora  
pone en mis labios tal ardor...  
Os habla el conde, mi señora,  
yo sólo soy su embajador.

Mientras el bufón hablaba del Amor, de la abundancia de su corazón, Violante escuchaba embelesada, trémula de emoción; pero cuando oyó ésta el nombre del conde, que nunca le había sabido dirigir una frase encendida como las del bufón, hizo un mohín de disgusto, Comprendió el juglar que perdía la partida y echó mano del sarcasmo y la ironía:

—Si estáis enamorada  
de ese panzudo bicho  
que tenéis por esposo,  
nada he dicho...

—El reptil eres tú,  
e intentas fascinarme...

—Vos no me conocéis.

¡Estad alerta!

¡Soy el genio del Mal  
que aturde y desconcierta!

—¡Cuán vil y cuán pequeño  
me pareces, al verte suplicando



—Lo dudo, y no te asombre:  
como bufón acaso me vendieras;  
pero como hombre, no...  
Y yo te he hecho hombre.

porque juegás la vida en el empeño!

—¡No tengo otra esperanza  
qué la muerte!

—Escúchame, bufón:  
¿Y si hablase por ti...  
tu corazón?

—Avida de belleza,



hasta el pie del rosál  
 se arrastra la maleza...  
 ¡Oh, mujer misteriosa!  
 ¿Cómo escalar vuestra encumbrada alteza?  
 ¡Si yo soy la maleza  
 y vos la rosa!  
 —Habla más, trovador...  
 ¡Qué tus frases desgranar en mi oído  
 un poema de amor  
 dulce y desconocido!  
 —¡El Caballero Amor!... Llegar le veo,  
 galopando jinete en la Impaciencia,  
 por el jardín en llamas del Deseo.

Violante se acerca al bufón, sus manos apri-  
 siona entre las suyas y, cerrando los ojos, re-  
 cibe en su alma el raudal de poesía que, como  
 cascada de pétalos de rosas caen en su alma  
 por el vehículo del oído: Ya no es el comisio-  
 nado del conde, es el corazón inflamado en  
 amor del juglar: es el Amor. Y la princesa  
 que amaba al Amor, hacia él se acerca y am-  
 bos se atraen, y quedan unidas sus bocas, sor-  
 biéndose el alma en un prolongado beso.

Y entretanto, la noctámbula hueste del laúd  
 y del rabel, que paga el conde Giano, ya no  
 oficia para éste. Y entre los músicos, canta  
 uno:

—¡Perfume, estrella, flor,  
 hada del mágico jardín:  
 abre tus puertas al Amor!

Violante y el juglar ya no hablan. Entrela-  
 zados, ascienden las escalinatas y penetran en  
 la habitación de la princesa.

Cuando la aurora iluminó con sus primeros  
 fulgores los viejos torreones, y los canoros pa-  
 jarillos saludaban el día, en el jardín dormita-  
 ban los músicos que dieran serenata a Violan-  
 te. Un céfiro suave murmuraba entre los ro-  
 sales silvestres que trepaban por sobre la ven-  
 tana del dormitorio de la princesa. Y el céfiro  
 movió las rosas lozanas la víspera, y una llu-  
 via de pétalos, alfombró el terradillo, ante la  
 puerta donde, aquella noche, triunfara el  
 Amor.

Los primeros rayos del sol despiertan a Flo-  
 ridor. El tranquilo esposo no ha podido dormir  
 en toda la noche, a causa de la, para él, odio-  
 sa serenata.

Dirígesse al dormitorio de su esposa, creyén-  
 dola levantada; pero Violante, rendida, está  
 aún acostada.

Al conde Giano le falta tiempo para pre-  
 guntar al bufón el resultado de su artimaña pa-  
 ra rendirle a la princesa, y él contesta, con do-  
 ble intención:

—Señor, rendí la fortaleza,  
 podéis contar que es vuestra  
 la paloma,  
 y yo puedo contar  
 con mi cabeza.

—¿Y cómo te has valido...?

—Que os baste mi promesa,  
 pues el fin y no el medio  
 es lo que os interesa.

Mas, decidme, señor:

¿cómo retribuiréis  
 mi lograda labor?

—Entiendo, buena pieza,



que ya te doy bastante  
dándote tu cabeza.

Cuando el bufón dejó al conde, topó de ma-  
nos a boca con el gordísimo Floridor, a quien  
sin darse cuenta, miró en la frente. Floridor le  
detiene:

—A ti que pareces  
un juglar discreto,  
quisiera confiarte un gran secreto.  
—Una respuesta os daré al instante  
—El amor que busca Violante,

te confieso,  
que no sé si es ideal  
o si es de carne y hueso...

¿Tú qué dices?  
¿Estará muy distante  
o lo tendré delante  
de mis propias narices?

—Yo creo que está cercano...  
y se parece mucho  
al conde Giano.

—¡Me confío a mi suerte,  
pues, al menos, no dudo  
que ese amor será mudo  
como la misma muerte!

—Lo mejor es callar,  
señor y amigo,  
guardando las espaldas  
del castigo.

—¿Las espaldas?... Te digo  
con franqueza,  
que donde duelen en verdad los golpes  
es sobre la cabeza.

Un momento después, Floridor se halla con  
su esposa a quien confiesa sus temores:



—¡El momento llegó!  
¡Levanta presto!

—Escucha, esposa mía,  
hoy tengo un mal presentimiento...

—Echad de sí la desazón  
y en vuestra esposa confiaros.  
Habla mi corazón  
que ya está a punto de adoraros.

—¡Oh, esposa mía!  
¡Hoy Floridor  
revienta de alegría!



## VI

Amaestrando estaba Violante unas palomas a quienes daba de comer en su misma mano, cuando de detrás de una columna le salió al paso el afortunado bufón. Ella le miró con altanero desprecio y le preguntó:

—¿Quién eres?... No recuerdo...

¡Ah!... Sí... Diviérteme, bufón.

—¡Sois frágil de memoria, mas yo no he olvidado que del brazo de vos entré en la gloria!

—¿Intentarás ponerme en el aprieto de darme el conde atenazada por el dogal de tu secreto?

¿Creiste haber vencido y ser mi dueño sin pensar, infeliz, que todo ha sido un vaporoso sueño?

—Me creí vencedor en la contienda, y os prometí, insensato, a mi señor, que mi preciosa vida tiene en prenda.

¡Oh, princesa Violante, de rodillas reclamo

que me miréis sin odio un solo instante, y moriré para olvidar que os amo!

—Vete, bufón, y olvida que esta noche...

—¡Sois hartos cruel, señora!

¡Jamás hice yo el daño que vos me hacéis ahora!

—¡Vete en malhora!

—¡Te tengo encadenada y he de llevarte al conde, por mi secreto presa y arrastrada!



—Prepárate a morir, hombre perverso.

—Lo dudo, y no te asombre: como bufón acaso me vendieras, pero como hombre, no... ¡Y vo te he hecho hombre! Quiero verte morir sumiso, quieto... Llevándote a la tumba tu secreto.



—¡ Oh, no !... La vida es un tesoro.  
¿ Quién habla de la muerte?  
¡ En orgías he de gastar el oro  
que sacaré en venderte !

— Cuenta  
que no daré lugar  
a esa infamante venta...  
Que en uso de un derecho soberano,  
por mi libre albedrío,  
me entregaré yo misma  
al conde Giano.  
— ¡ Eso no, eso no ; tal no harás !  
— ¿ Ves como te rebelas ?  
¡ Por eso callarás !

Y en aquel corazón humano entablan una lucha de pasiones el hombre y el bufón.

Transcurren las horas prefijadas por Giano, el infame conde ; y, árbitro de la vida y de la muerte de sus súbditos, esclavos del feudal, hace encerrar al bufón en lóbrego calabozo, donde espera tristemente su hora postrera.

Y cuando el conde penetra en el encierro donde yace el desgraciado juglar, para anunciar a éste su fin próximo, el condenado, con la cabeza enhiesta, dice así a su señor :

— Ahora el bufón no existe.  
Soy un hombre cabal,  
más que tú... Ya lo viste.  
En la comedia de la vida,  
se ha trocado la acción...

Y me río de ti,  
porque eres tú el bufón.  
Esta pasión insana ha de perderte.  
¡ Tú caes en la abyección lleno de vida,  
mientras yo me redimo de la muerte !

Floridor, al enterarse de la triste suerte del bufón, pide inútilmente gracia al conde Giano.



— Y ahora, con firmeza,  
que el hacha siegue  
de un soberbio tajo  
tan villana cabeza.

no. Al ver que no es atendido su ruego, va a ver a su esposa.



—Princesa, es horroroso:  
va a ser decapitado  
aquel bufón tan listo  
y tan gracioso.

Cree el conde Giano que la princesa le impetrará gracia para el reo y él se aprovechará imponiendo la única condición admisible, a saber: el amor de la princesa.

Giano pregunta a Violante:

—¿No pedís nada?...  
¿Le dejaréis morir en el cadalso?

—Vacilo, dudo, pienso...—

contestó Violante.—

¿No es vuestro amor por mí  
heroicamente inmenso?

—¡Pudiera convencerme  
una sola razón:

que os abrieráis el pecho  
con mi daga

para enseñarme el corazón!

—El sacrificio del bufón  
será un abismo infranqueable  
a vuestra loca pretensión.

—¿Vos amáis al bufón?

—¡Sí!... El me hizo sentir  
la delicia suprema  
de sentirme mujer.

—¿El bufón?... ¿El bufón?

Soy capaz de ordenar a mis vasallos  
que te pongan desnuda sobre el suelo  
para servir de alfombra a mis caballos.

—Conde, para matar,  
no hace falta ser héroe...

Lo heroico es despreciar.

Renunciad, pues a mí,

y salvad al bufón.

seréis más digno así.

—¡No puedo!... ¡Es imposible!

—Sed fuerte

y procurad salvarlo de la muerte.

—¿Pero dais de barato

que ese bufón inmundo

quiere morir así

por seros grato?

—Para alcanzar el codiciado lirio  
él desgarró sus pies en los abrojos,

y es capaz de morir en el martirio

por elevarse más ante mis ojos...

¿Qué decidís al fin?

—Como prueba mejor,  
intento demostraros con presteza  
vuestro sensible error.

## VII

Parecía que el conde Giano no se inclinaba a perdonar al desventurado bufón. Sin embargo, llamó al ejecutor de la justicia, un verdugo de faz repugnante, y le dió órdenes secretas que hicieron sonreír a éste.

Floridor, vivamente emocionado, fué de nuevo a pedir clemencia para el desgraciado jugador. Giano le contestó:

—No quiero que sufráis,  
huésped amigo...

Sabed que el truhán, sólo  
va a llevarse un gran susto  
por castigo.



A las doce de aquel día debía ejecutarse la sentencia en el gran zaguán del castillo; el patíbulo estaba ya dispuesto, y sobre él, el tajo.

Momentos antes de la hora señalada, los esbirros del conde, juntamente con éste, fueron al calabozo donde estaba encerrado el bufón. Giano le avisa con estas poco consoladoras palabras:

—¡ Prepárate a morir,  
hombre perverso !

Y el preso contestó  
con entereza :

—¡ No me importa,  
que para arrepentirme  
ya tuve suficiente  
con un soplo de vida  
solamente !

Y si Dios decretare  
prolongar mi existencia,  
la emplearía en el bien  
haciendo penitencia.

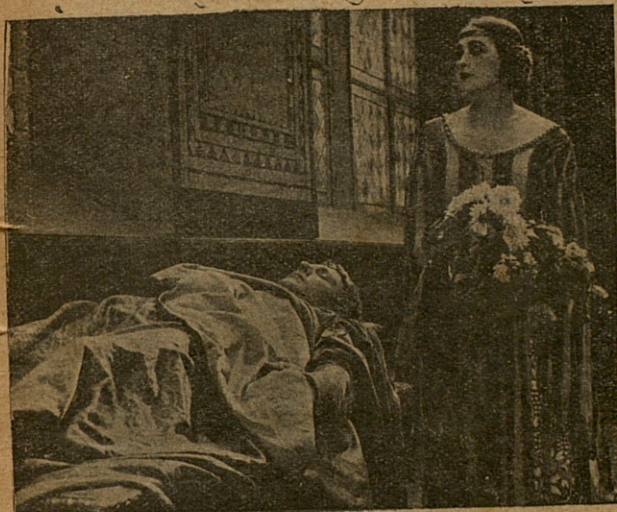
Desatáronle las cadenas y, con gran acompañamiento de soldados, le condujeron al zaguán donde preparado habían el cadalso. El bufón llevaba amarradas las manos a la espalda.

Con la cabeza bien alta y con gran entereza, subió al patíbulo, donde al lado del tajo esperaba el verdugo con el hacha en la mano.

En aquel momento, apareció en la escalinata que al zaguán conducía, la arrogante figura de la princesa Violante, pálida, desencajada.

Dirigió la princesa una mirada de odio al conde Giano y luego puso sus ojos compasivos,

lastimosos, en el reo, que también miró a Violante como despidiéndose de ella... Aquella mirada parecía significar: «Violante, por ti muere el bufón a quien has elevado a la cate-



*Y derrama sobre su cuerpo las flores que para  
él acababa de recoger.*

goría de hombre, y que te ha enseñado a amar al Amor».

El bufón se arrodilló y cerró sus pupilas, despidiéndose de la luz de la vida.

El conde Giano ordenó:

—¡ Le haced sentir primero,



esa helada caricia que la muerte  
sabe hacer con el filo del acero!

El verdugo acarició la mejilla del ajusticiado  
con el filo del hacha. Un estremecimiento de  
muerte recorrió el cuerpo del pobre bufón.

Y prosiguió el conde con voz firme:

—¡Y ahora, con firmeza,  
que el hacha siegue  
de un soberbio tajo  
tan villana cabeza!

El verdugo levantó el hacha... Violante se  
tapó la faz con las manos... Sonreía el repug-  
nante ejecutor de la justicia con el arma en  
alto... Se abatió el hacha sobre el cuello del  
bufón; pero antes de tocarle retuvo el verdu-  
go el golpe y no hizo más que tocarle la piel,  
sin hacerle el menor daño.

Pero como si el golpe hubiese sido mortal, el  
bufón desplomóse, rodando por el suelo.

Los esbirros, que estaban al corriente de las  
órdenes del conde, reían. La princesa, cuando  
abrió los ojos y vió el cuerpo exánime de aquel  
hombre que le había hecho sentir lo que era el  
amor, tuvo que apoyarse en el pasamanos de  
la escalera.

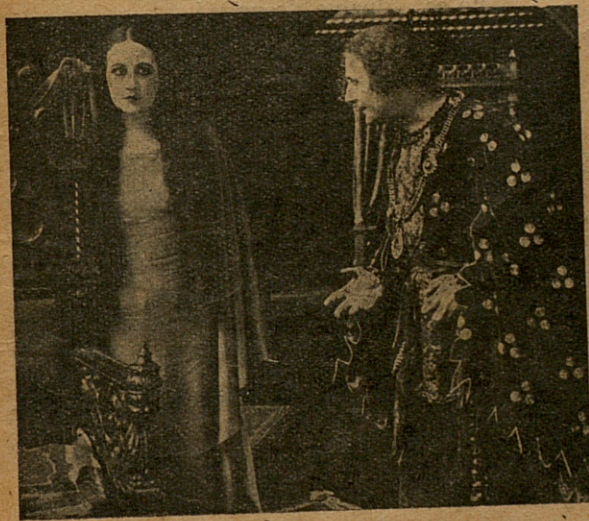
El conde, convencido de que no se le había  
hecho ningún mal, ordenó:

—¿Me escuchas, gran farsante?  
¡Ya te puedes alzar  
y seguir adelante  
con tu mísera vida de juglar!

El bufón no se mueve. El verdugo se arro-

dilla ante él, le ausculta y exclama con es-  
panto:

—¡Su corazón no late!...  
¡Ha muerto!



—*En él amé al Amor,  
él fué mi gloria!  
Y para mí ¡oh, Señor!  
lo sigue siendo su memoria.*

Terrible sensación causa esta fatal noticia  
entre los asistentes; el conde Giano está lívi-  
do; Violante, dedica unas lágrimas a aquel  
hombre singular, su amor perdido; Floridor,



espantado, se acerca al cadáver y con acento suplicante clama:

—¡ Señor muerto, yo juro,  
por la cruz de mi espada,  
que Floridor, el gordo,  
no es culpable de nada!

Y el bufón se había despedido de la vida, usando de los procedimientos en él ya viejos: cuando todos querían engañarle, él ha engañado a todos.

Y mientras los servidores trasladaban el cadáver al extremo de uno de los corredores para depositarlo encima de un arcón, esperando la hora del entierro, el conde Giano se acercó a Violante y le dijo con sarcasmo:

—¿Creiais que era un hombre?  
¡Pues ha muerto de miedo!

Sin contestar, Violante despreció al conde, volviéndole la espalda.

## VIII

Obscurecía. Y para que todo, aquel día, fuese lóbrego, negros nubarrones impedían asomarse al astro de la noche, desde su elevado asiento.

Un viento silboso gemía entre las rendijas de los vetustos ventanales.

Una mujer deambula por el frondoso parque.

Es Violante que va cortando las flores más lindas con las que forma un inmenso ramo. Con él se dirige al castillo.

El corredor, en cuyo extremo habían depositado el cadáver del bufón, está desierto. La hermosa princesa se dirige con paso firme hacia él. Se acerca al difunto bufón y derrama sobre su cuerpo las flores que para él acababa de recoger.

Violante elevó al cielo una oración por el descanso eterno de su malogrado amor, y después de regar el rostro amarillento del juglar con sus lágrimas, retiróse triste y abatida.

Apenas la princesa había vuelto la espalda al cadáver del bufón, éste abrió los ojos y se dió perfecta cuenta de que Violante le acababa de cubrir de flores.

La impresión terrible que le produjera el macabro simulacro del cadalso, le había producido una catalepsia, parándosele las palpitaciones del corazón; por cuyo motivo todos creyeron en su muerte.

Ahora volvía en sí. ¡Oh!... ¡Violante le amaba! Recogió las flores que encima tenía, hizo un manojo y lo apretó contra su corazón.

En aquel momento, el grueso Floridor llegó a pasar cerca de allí y al mirar al difunto y ver que se movía, echó a correr encomendándose a todos los santos.

La princesa acababa de penetrar en su dormitorio. Tras ella, entró el enamorado conde Giano, sonriente, acariciador.

Violante, escudándose tras un sillón, le atajó, diciéndole:

—Jamás conseguiréis  
de mí ni una mirada



de amor... ¡Os aborrezco,  
alma cruel y despiadada!  
—¡ El bufón ya murió!...  
—¡ En él amé al Amor,  
él fué mi gloria!  
Y para mí, ¡ oh, Señor,  
lo sigue siendo su memoria.

Quiso el conde abrazar a la princesa; pero una puerta se abrió y apareció en el marco de ella la efigie del bufón, abrazando contra su pecho un ramo de flores. Giano, espantado, retrocedió dos pasos y con la faz amedrentada, preguntó:

—¿ Pero es que vives, di,  
para mi daño?  
¿ O es que aun muerto el bufón  
prepara un nuevo engaño?

El juglar avanza unos pasos, y poniendo en sus palabras un tono lúgubre para espantar al conde, replica:

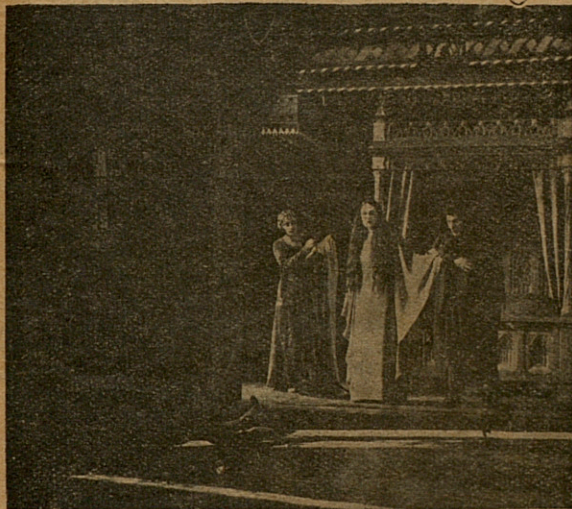
—¡ Amo mío, está cierto:  
yo soy la sombra del bufón  
que para siempre ha muerto!  
¡ Mas vengo de la Nada  
con la ofrenda mejor  
para haceros florida y perfumada  
vuestra noche de amor!

Y hacia el conde avanza, haciéndole ofrenda de las flores. El conde, espantado, quiso huir; mas faltóle el aliento a causa del terrible susto y cayó sin sentido.

Al verse a solas con Violante, el bufón se le

acerca y, con voz meliflua y rostro sonriente, le dice:

—¡ Nada temas, amada Violante, vivo para tu bien y mi ventura!... Y ahora que sé que me amas, vengo a proponerte que nos vayamos en pos de la dicha que anhelamos.



—Si es un hogar donde el amor anida,  
vale más una choza que un palacio.

—¡ Oh, mi amor ideal hallé en ti, juglar.  
huyamos, huyamos!...

La sirvienta de la princesa cubrió a ésta con su capa, en la que se envolvió.

Un instante más tarde, una pareja salía del



castillo del conde Giano: eran el bufón y la princesa que amaba al Amor.

Iban en pos de la felicidad en alas del Amor, convencidos de que para ser felices no se precisa fastuosidad ni riquezas, pues como muy bien ha dicho Dante en «La Divina Comedia»:

Si es un lugar donde el amor anida  
vale más una choza que un palacio.

FIN

## BIBLIOTECA FILMS

1	No se fie de las apariencias. . . . .	Mary Pickford . . . . .	25
3	Lorna Doone . . . . .	Charles Chaplin . . . . .	25
5	¡Cuidado con la curva! . . . . .	Lil Dagover . . . . .	25
6	El León de Venecia (2.ª edición) . . . . .	Magda Bellamy . . . . .	25
8	Ensueño . . . . .	A. Rouane . . . . .	25
9	Sherlock Holmes . . . . .	Dorothy Philips . . . . .	25
10	Las esposas de los pobres . . . . .	Barbara La Marr . . . . .	25
11	El Signo del Zorro (4.ª edición) . . . . .	Douglas Fairbanks . . . . .	25
13	Luisa Miller . . . . .	Ramón Navarro . . . . .	25
14	Flor de Fuego (2.ª edición) . . . . .	Frank Mayo . . . . .	25
15	Las dos niñas de París (4.ª ed.) . . . . .	Mary y Douglas . . . . .	25
16	Rescatando la honra (2.ª ed.) . . . . .	Tom Mix . . . . .	25
17	La hija del fuego (2.ª edición) . . . . .	Perla Blanca . . . . .	25
18	Nathan el sabio . . . . .	Sandra y Herrmann . . . . .	25
19	La Huerfanita (4.ª edición) . . . . .	Dorothy Gish . . . . .	25
20	Clarita May . . . . .	Bessie Love . . . . .	25
22	¡Perdida y encontrada! (2.ª ed.) . . . . .	Antonio Moreno . . . . .	25
23	El alma de Oscar . . . . .	Cullen Landis . . . . .	25
24	El Botones n.º 13. . . . .	Douglas Mac Lean . . . . .	25

26	Mandrín, caudillo de leyenda. . . . .	Romuald Feubl . . . . .	25
27	El velo de la dicha . . . . .	Claire Windsor . . . . .	25
28	Nellie, la bella modelo. . . . .	Mae Murray . . . . .	25
30	Como aman los hombres . . . . .	Barbara La Marr . . . . .	25
31	El Ladrón de Bagdad (3.ª edición) . . . . .	Lya Mara . . . . .	25
32	La Reina de la Moda . . . . .	Jacqueline Blanc . . . . .	25
33	Montmartre . . . . .	Pola Negri . . . . .	25
34	El Caballero de la Pesadilla . . . . .	Ivan Mosjoukine . . . . .	25
36	El regreso de Cyclone Smith . . . . .	Eddie Polo . . . . .	25
37	Dorothy Vernon (3.ª edición) . . . . .	Mary Pickford . . . . .	25
38	La Ley de la Hospitalidad . . . . .	Buster K. (Pamplinas) . . . . .	25
39	¡Viva el Rey! . . . . .	J. Coogan (Chiquilín) . . . . .	25
41	Locuras de juventud . . . . .	Mia May . . . . .	25
42	Historia de un dólar . . . . .	Tom Moore . . . . .	25
44	¡Velarás por tu hijo! . . . . .	Andre Rolane . . . . .	25
45	El botín de los piratas (2.ª ed.) . . . . .	Perla Blanca . . . . .	25
46	Amor que vence al amor . . . . .	Betty Compson . . . . .	25
47	Los tres mosqueteros (2.ª edición) . . . . .	Douglas Fairbanks . . . . .	25
48	Tony . . . . .	Shirley Mason . . . . .	25
50	El Camino del amor. . . . .	Rodolfo Valentino . . . . .	25
51	Vida de los artistas de cine . . . . .	Wallace Reid † . . . . .	25
52	Oriente . . . . .	Jacobini . . . . .	25
53	El isleto de las perlas . . . . .	Jean Tolley . . . . .	25
54	El pez dorado. . . . .	Constance Talmadge . . . . .	25
55	La gitana blanca. . . . .	Raquel Meller . . . . .	25
56	La ingenua . . . . .	Hella Moja . . . . .	25
57	El Nueva York de antaño. . . . .	Marion Davies . . . . .	25
58	La venganza de Crimilda . . . . .	Mary Mac Laren . . . . .	25
59	Los hijos de los hombres pobres . . . . .	Mary Alden . . . . .	25
60	El casamiento de media noche . . . . .	Katherine Mac Donald . . . . .	25
61	El caballero valiente . . . . .	Dorothy Mackaill . . . . .	25
62	La Mujer Inmortal . . . . .	George Walsh . . . . .	25
63	Mónica . . . . .	France D'Helia . . . . .	25
64	La modistilla . . . . .	Pat O. Malley . . . . .	25
65	La novia del legionario. . . . .	Margueritte Rosky . . . . .	25
66	Con el amor no se juega . . . . .	Lysiane Bernhardt . . . . .	25
67	El Rey sin reino . . . . .	Renee Heribel . . . . .	25
68	Grandeza de Humildes . . . . .	Marie Prevost . . . . .	25
69	Madre Adorada . . . . .	Rachel Devirys . . . . .	25
70	El Santuario del amor perdido . . . . .	Sidney Chaplin . . . . .	25
71	El Chico . . . . .	Lya de Putti . . . . .	25



72	La Linda Rubia . . . . .	<i>Elena Makouska.</i>	25
73	La Llama del genio. . . . .	<i>Hope Hampton</i>	25
74	Judex . . . . .	<i>Rene Navarre.</i>	25
75	Nueva Misión de Judex. . . . .	<i>Georges Biscot.</i>	25
76	El mimado de la abuela . . . . .	<i>(El)</i>	25
77	Yo pecador. . . . .	<i>Lewis Stone</i>	25
78	Bajo la máscara . . . . .	<i>(Cayena)</i>	25
79	La rosa de París . . . . .	<i>Baby Peggy</i>	25
80	Por el recuerdo de un beso . . . . .	<i>Betty Blythe</i>	25
81	Tosca . . . . .	<i>Francesca Bertini.</i>	25
83	El rey de los corsarios . . . . .	<i>Klara d'Albaian</i>	25
84	La culpable . . . . .	<i>Régine Bouet</i>	25
85	En alas de la gloria . . . . .	<i>Bebé Daniels</i>	25
86	El navegante . . . . .	<i>Anita Stewart</i>	25
87	Avaricia . . . . .	<i>Beberly Bayne.</i>	25
89	Los ángeles del hogar. . . . .	<i>Monte Blue.</i>	25
90	La dama de la noche . . . . .	<i>Norma Shearer</i>	25
91	El árbitro de la elegancia . . . . .	<i>Virginia Valli.</i>	25
92	¡Que siga la danza! . . . . .	<i>George O'Brien</i>	25
94	Barrera infranqueable. . . . .	<i>Gladys Walton.</i>	25
95	Segunda juventud . . . . .	<i>Conrad Nagel.</i>	25
96	Los peligros del flirt . . . . .	<i>Natalie Kovanto</i>	25
97	Dick Turpin . . . . .	<i>Tulio Carminal</i>	25
99	Su hora . . . . .	<i>Fach Duffy</i>	25
101	En el último peldaño . . . . .	<i>Renee Adoree</i>	25
102	La coqueta casada . . . . .	<i>Holmes Herbert</i>	25
103	La mujer comprada . . . . .	<i>Helena d'Algy.</i>	25
106	El trapero (extraordinario) . . . . .	<i>John Gilbert</i>	25
105	El corazón manda . . . . .	<i>Alice Joyce.</i>	25
106	Compañera te doy . . . . .	<i>Lon Chaney</i>	25
107	Por mandato de su hijo . . . . .	<i>Gertrude Fymsted.</i>	25
108	La boda de Rosina. . . . .	<i>Wallace Berry</i>	25
109	El secreto de familia . . . . .	<i>Pauline Frederick.</i>	25
110	Entre locos anda el juego . . . . .	<i>Rod Larocque</i>	25
111	El pecador errante. . . . .	<i>Jacqueline Logan.</i>	25
113	La calle de las risas y las lágrimas . . . . .	<i>Mme. Robinne.</i>	25
114	Los huérfanos de la aldea . . . . .	<i>Walter Hers.</i>	25
115	¡Divorciémonos! . . . . .	<i>Laura Laplante</i>	25
116	El Espectro de Oriente . . . . .	<i>J. Warren Kerrigan</i>	25
117	La Tierra en llamas . . . . .	<i>Majorie Hume.</i>	25
118	Maciste en los infiernos . . . . .	<i>Adolfo Menjou.</i>	25



COLECCIONE USTED

FILMS



AMOR

LA MEJOR NOVELA CINEMATOGRAFICA

- Núm. 1 **El templo de Venus**, por *Mary Philbin*  
Núm. 2 **La tierra prometida**, por *Raquel Meller*,  
*Tina Meller y Andrés Roanne*.  
Núm. 3 **Sacrificio**, por *Fay Compton y Stewart*  
*Rome*.  
Núm. 4 **En las garras de la duda**  
**o el calvario de una esposa**, por  
*Leda Gys y Alberto Capozzi*.  
Núm. 5 **Ruperto de Hentzau** Segunda época de  
**El prisionero de Zenda**, por *E. Ham-*  
*me sein, Claire Windsor, Lew Cody y*  
*Bert. Lytell*.  
Núm. 6 **El tren de la muerte**, por *Cayena y Edith*  
*Roberts*.  
Núm. 7 **La esposa comprada**, *Alice Terry y*  
*Conway Tearle*.  
Núm. 8 **El juramento de Lagardère**, por *Claude*  
*France y Gastón Jacquet*.  
Núm. 9 **Buda, el profeta de Asia**, por *Himansu*  
*Rai y Seeta Davis*.

Literatura selecta — Cubierta a varias tintas  
La mejor y más sugestiva de las novelas de

LOS MAS GRANDES FILMS

Obsequio de una tarjeta postal.

50 cènts.